



TENEBRAE

Vinieron tinieblas sobre toda la tierra.

Mt 27, 45



ORACIÓN INTRODUCTORIA

Dios todopoderoso, mientras escuchamos tu palabra en esta noche, mira con misericordia a tu familia unida en oración; por ella, Nuestro Señor Jesucristo se entregó con gozo en manos de pecadores y sufrió la muerte en la cruz; Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

La entrada de Jesús en Jerusalén



Del Evangelio según san Mateo, 21, 1-9

Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en el monte de los Olivos, envió a dos discípulos diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente, encontraréis enseguida una borrica atada con su pollino, los desatáis y me los traéis. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto». Esto ocurrió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sión: “Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica, en un pollino, hijo de acémila”». Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud alfombró el camino con sus mantos; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás gritaba: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!».



Adoramus te Christe, et benedicimus tibi.

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Adoramus te Christe, et benedicimus tibi.

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Quia per sanctam crucem tuam redemisti mundum.

Porque por tu santa cruz has redimido al mundo.

Adoramus te Christe, et benedicimus tibi.

Te adoramos Cristo y te bendecimos.

Adoramus te Christe.

Te adoramos Cristo.



SE APAGA LA PRIMERA VELA

Institución de la Eucaristía



Del Evangelio según san Lucas, 22, 14-22

Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios». Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi

sangre, que es derramada por vosotros. Pero mirad: la mano del que me entrega está conmigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!».



O Salutaris Hostia
Quae caeli pandis ostium.
Bella premunt hostilia,
Da robur, fer auxilium.

Uni trinoque Domino
Sit sempiterna gloria,
Qui vitam sine termino
Nobis donet in patria.
Amen.

Oh Ostia saludable,
Que abres la puerta del cielo,
guerras implacables nos hostigan,
danos fuerza, danos auxilio.

Al Señor, Uno y Trino
sea la gloria eterna,
que una vida sin término
nos conceda en la patria.
Amén.



SE APAGA LA SEGUNDA VELA

La traición de Judas en el huerto de Getsemani



Salmo 41 (40), 6-10

Mis enemigos me desean lo peor: «A ver si se muere, y se acaba su apellido». El que viene a verme habla con fingimiento, disimula su mala intención, y, cuando sale afuera, la dice. Mis adversarios se reúnen a murmurar contra mí, hacen cálculos siniestros: «Padece un mal sin remedio, se acostó para no levantarse». Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba, que compartía mi pan, es el primero en traicionarme.



Oh rostro lacerado
del Divino Señor,
de espinas coronado.
transido de dolor.
Oh rostro esclarecido
de tan radiante luz.
Oh rostro escarnecido,
te adoro Buen Jesús.

Oh Faz ensangrentada
que al mundo da pavor.
Oh Faz atormentada
de nuestro Salvador,
la luz de tu mirada
quién pudo amortiguar.
Tu Faz tan adorada.
quién pudo así infamar.



SE APAGA LA TERCERA VELA

Jesús es condenado a muerte



Salmo 40 (39), 7-13

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios; entonces yo digo: «Aquí estoy —como está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». He proclamado tu justicia ante la gran asamblea; no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. No me he guardado en el pecho tu justicia, he contado tu fidelidad y tu salvación, no he negado tu misericordia y tu lealtad ante la gran asamblea. Tú, Señor, no me cierres tus entrañas; que tu misericordia y tu lealtad me guarden siempre, porque me cercan desgracias sin cuenta. Se me echan encima mis culpas, y no puedo ver; son más que los pelos de mi cabeza, y me falta el valor.



Dios es fiel, guarda siempre su alianza
libra al pueblo de toda esclavitud;
su palabra resuena en los profetas,
reclamando el bien y la virtud.

Pueblo en marcha por el desierto ardiente,
horizontes de paz y libertad,
asamblea de Dios, eterna fiesta
tierra nueva perenne heredad.

Si al mirar hacia atrás somos tentados
de volver al Egipto seductor,

el Espíritu empuja con su fuerza
a avanzar por la vía del amor.

El maná es el don que el cielo envía,
pero el pan hoy se cuece con sudor;
leche y miel nos dará la tierra nueva
si el trabajo es fecundo y redentor.

Y Jesús nos propone en el calvario
su lección “hágase tu voluntad”;
y su sangre vertida por nosotros
será el precio de nuestra libertad.



SE APAGA LA CUARTA VELA

Jesús con la cruz a cuestas



Isaías 53, 2-5

Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atractivo, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.



Pueblo mío, ¿qué mal te he hecho?
¿En qué te he ofendido? Respóndeme.
-Te saqué de Egipto y por cuarenta años
Te llevé por el desierto.
Tú hiciste una cruz para tu Salvador.
Pueblo mío, ¿qué mal te he hecho?
¿En qué te he ofendido? Respóndeme.
-Te libré del mar, te dí a beber el agua
Que manaba de la roca,

Tú hiciste una cruz para tu Salvador.
Pueblo mío, ¿qué mal te he hecho?
¿En qué te he ofendido? Respóndeme.
- Te llevé a tu tierra, por ti vencí a los reyes
De los pueblos cananeos.
Tú hiciste una cruz para tu Salvador.
Pueblo mío, ¿qué mal te he hecho?
¿En qué te he ofendido? Respóndeme.



SE APAGA LA QUINTA VELA

Las caídas de Jesús



Isaías 59, 1-16

La mano del Señor no es tan débil que no pueda salvar, ni su oído tan duro que no pueda oír. No, son vuestras culpas las que os han separado de vuestro Dios; vuestros pecados ocultan su rostro, para que no os oiga. Vuestras manos están manchadas de sangre, vuestros dedos de crímenes; vuestros labios profieren mentiras, vuestra lengua susurra maldad. Nadie promueve una causa con justicia, nadie es juzgado con honestidad. Ponen su confianza en la anarquía y hablan sin argumentos. Cascan huevos de serpiente y tejen telarañas; quien come de esos huevos, muere, cuando los aprietan, de ellos salen víboras. Sus telas no son para vestidos, sus tejidos no pueden cubrir. Sus obras son obras criminales, violencia es el producto de sus manos. Sus pies corren hacia el mal, tienen prisa por derramar sangre inocente; sus proyectos son proyectos criminales, desolación y ruina acompañan sus caminos. No conocen el camino de la paz, el derecho está ausente de sus sendas, hacen tortuosos sus senderos, quien por ellos camina no conoce la paz. Por eso está lejos de nosotros el derecho y la justicia no nos alcanza; esperamos la luz, llega la oscuridad; esperamos claridad y marchamos en tinieblas. Tentamos el muro como ciegos, como gente sin vista, tropezamos en pleno día como al anochecer, en medio de los sanos estamos como muertos. Gruñimos como osos, gemimos como palomas; esperamos en la justicia, ¡pero nada!, en la salvación, y está lejos de nosotros. Porque son muchas nuestras transgresiones contra ti, nuestros pecados testimonian contra nosotros, nos acompañan nuestros delitos, y reconocemos nuestras culpas: fuimos rebeldes e infieles al Señor, hemos vuelto la espalda a nuestro Dios y hemos proyectado opresión y revuelta, concebimos y meditamos engaños en nuestro corazón. Se ha tergiversado el derecho, lejana queda la justicia. La honestidad tropieza en la plaza, la rectitud no tiene acceso. Falta la honestidad: quien se aparta del mal queda arruinado. Todo esto ha visto el Señor y no soporta que ya no haya justicia. El Señor ha visto consternado que nadie interviene. Su poder lo socorre, su justicia lo apoya.



Los hombros traigo cargados
de graves culpas, mi Dios;
dadme esas lágrimas vos
y tomad estos pecados.

Yo soy quien ha de llorar,
por ser acto de flaqueza;
que no hay en naturaleza
más flaqueza que el pecar.

Y, pues andamos trocados,
que yo peco y lloráis vos,
dadme esas lágrimas vos
y tomad estos pecados.

Vos sois quien cargar se puede
estas mis culpas mortales,
que la menor destas tales
a cualquier peso excede;

y, pues que son tan pesados
aquestos yerros, mi Dios,
dadme esas lágrimas vos
y tomad estos pecados.

Amén.



SE APAGA LA SEXTA VELA

El cirineo ayuda a Jesús



Salmo 62 (61), 2-9

Solo en Dios descansa mi alma, porque de él viene mi salvación; solo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré. ¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre todos juntos, para derribarlo como a una pared que cede o a una tapia ruinosa? Solo piensan en derribarlo de su altura, y se complacen en la mentira: con la boca bendicen, con el corazón maldicen. Descansa solo en Dios, alma mía, porque él es mi esperanza; solo él es mi roca y mi salvación, mi alcázar: no vacilaré. De Dios viene mi salvación y mi gloria, él es mi roca firme, Dios es mi refugio. Pueblo suyo, confiad en él, desahogad ante él vuestro corazón: Dios es nuestro refugio.



¡Oh cruz redentora, árbol glorioso!
Nunca el bosque rindió mejor tributo.
Oh, dulce leño, que con dulces clavos
Sostiene el dulce peso.
Cantemos todos la nobleza de esta guerra
Y el triunfo de la sangre y del madero.

El redentor del mundo, sacrificado,
redimió la tierra.

¡Oh cruz redentora, árbol glorioso!
Nunca el bosque rindió mejor tributo.
Oh, dulce leño, que con dulces clavos
Sostiene el dulce peso.



SE APAGA LA SÉPTIMA VELA

Jesús se encuentra con su Madre



Himno *Stabat Mater*

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.
Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.

¡Oh, cuán triste y cuán
aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
Cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.

Y ¿cuál hombre no llorara,
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?

Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.



Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa,
Dum pendebat Filius.
Dum pendebat Filius.

De pie la Madre dolorosa
junto a la Cruz, llorosa,
mientras pendía el Hijo.

¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.
Y que, por mi Cristo
amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que
conmigo.

Y, porque a amarle me
anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.
Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.

Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.
Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.

¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea.
Porque su pasión y muerte

tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.

Haz que su cruz me
enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.
Porque me inflame y
encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.

Haz que me ampare la
muerte
de Cristo, cuando en tan
fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en
calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.

*(Versión de Félix Lope de
Vega y Carpio).*

O quam tristis et afflita
Fuit illa benedicta
Mater Unigeniti!
Mater Unigeniti! Amen.

Cuya ánima gimiente,
contristada y doliente
atravesó la espada.

¡Oh cuán triste y afligida
estuvo aquella bendita
Madre del Unigénito!
Amén.



SE APAGA LA OCTAVA VELA

La crucifixión y muerte de Jesús en la cruz



Salmo 22 (21), 2-32

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? A pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza. Dios mío, de día te grito, y no respondes; de noche, y no me haces caso. Porque tú eres el Santo y habitas entre las alabanzas de Israel. En ti confiaban nuestros padres; confiaban, y los ponías a salvo; a ti gritaban, y quedaban libres; en ti confiaban, y no los defraudaste. Pero yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo; al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». Tú eres quien me sacó del vientre, me tenías confiado en los pechos de mi madre; desde el seno pasé a tus manos, desde el vientre materno tú eres mi Dios. No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre. Me acorrala un tropel de novillos, me cercan toros de Basán; abren contra mí las fauces leones que descuartizan y rugen. Estoy como agua derramada, tengo los huesos descoyuntados; mi corazón, como cera, se derrite en mis entrañas; mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar; me aprietas contra el polvo de la muerte. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. Líbrame a mí de la espada, y a mi única vida de la garra del mastín; sálvame de las fauces del león; a este pobre, de los cuernos del búfalo. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel; porque no ha sentido desprecio ni repugnancia hacia el pobre desgraciado; no le ha escondido su rostro: cuando pidió auxilio, lo escuchó». Él es mi alabanza en la gran asamblea, cumpliré mis votos delante de sus fieles. Los desvalidos comerán hasta saciarse, alabarán al Señor los que lo buscan. ¡Viva su corazón por siempre! Lo recordarán y volverán al Señor hasta de los confines del orbe; en su presencia se postrarán las familias de los pueblos, porque del Señor es el reino, él gobierna a los pueblos. Ante él se postrarán los que duermen en la tierra, | ante él se inclinarán los que bajan al polvo. Me hará vivir para él, mi descendencia lo servirá; hablarán del Señor a la generación futura, contarán su justicia al pueblo que ha de nacer: «Todo lo que hizo el Señor».



Dios te salve, Cruz preciosa,
bandera de la victoria
d'aquel gran Rey de la gloria.

Arbor de fruto precioso,
bandera de la victoria
d'aquel gran Rey de la gloria.

Sirvamos al Redentor,
teniendo a ti por memoria
d'aquel gran Rey de la gloria.



LA NOVENA VELA SE TRASLADA A OTRO LUGAR A LA ESPERA DE LA RESURRECCIÓN.